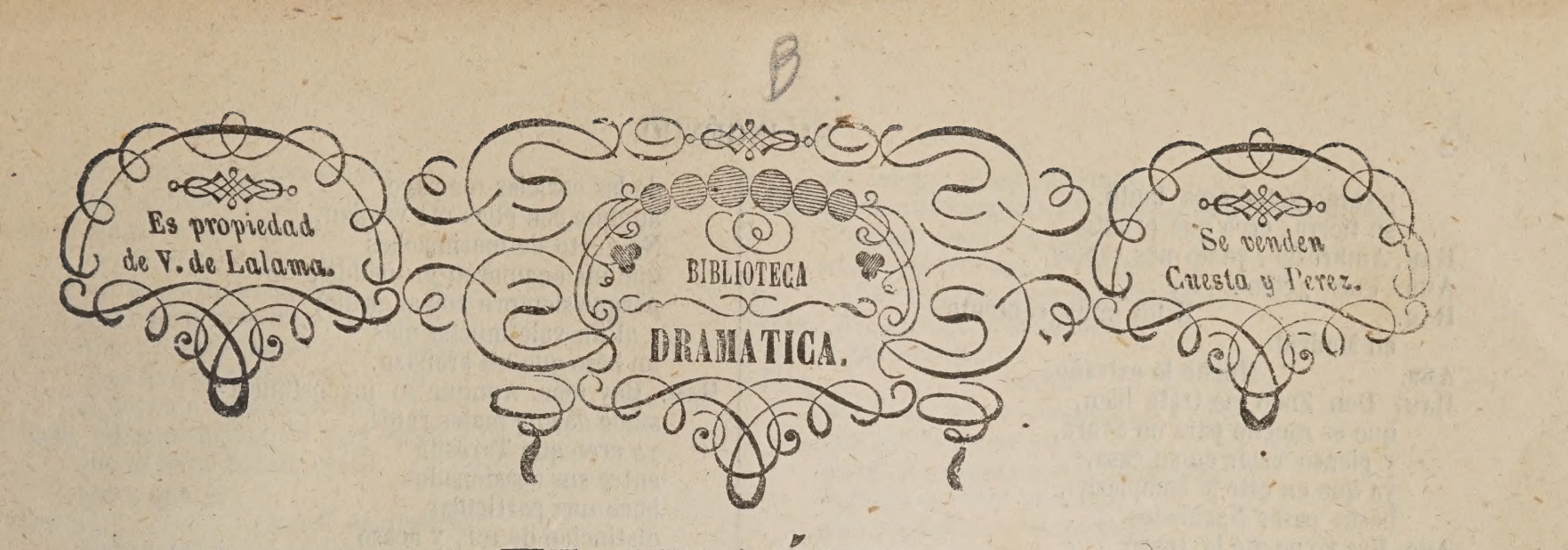

EL INGÉNUO.

Comedia en cinco actos original de D. Manuel Breton de los Herreros, *representada por primera vez en el teatro de la Cruz el dia* 13 *de Noviembre de* 1828.

PERSONAJES.	ACTORES.
Teresa.	D.ª A. Baus.
Casilda.	D.ª C. Samaniego.
D. Ramon.	D. J. G. Luna.
Jorge.	D. J. Cubas.
D. Zoilo.	D. J. Tamayo.
D. Matías.	D. J. Campos.
Ambrosio.	D. N. Inza.

ACTO PRIMERO.

La escena es en Madrid, en casa de D. Zoilo. El teatro representa una sala con muebles decentes y entre ellos una mesa con escribanía. Habrá tres puertas: una á la izquierda, que es la del cuarto de D. Ramon; otra á la derecha y otra en el foro; estas dos últimas guian á las habitaciones interiores.

ESCENA PRIMERA.

D. Ramon, Ambrosio.

Amb. Si usted no muda de genio,
será siempre desgraciado.
En este siglo, amo mio,
no se sufren espartanos.
El hombre sencillo ahora
es agreste y mentecato,
la virtud, preocupacion,
y la ingenuidad descaro.
Yo convengo en que los hombres
por lo general son malos;
pero es preciso sufrirlos,
ya que no está en nuestra mano
mejorar su condicion.
Al fin, son nuestros hermanos.
Ram. Tus consejos son muy buenos;
pero aunque sea en mi daño,
la verdad, la verdad santa
lucirá siempre en mi labio;
y en hora buena los hombres
me llamen adusto y raro.
Amb. Despues de tantos disgustos,
contratiempos y petardos,
¿no ha de escarmentar usted?
Usted se ha visto robado,
calumniado y perseguido
por cantar siempre de plano.
Usted, si no se corrige,
va á ser muy pronto el escarnio
de Madrid y su comarca;
se expone á gritas, á palos,
á enfermar, á ir á la cárcel,
y en fin á cuantos trabajos
puede padecer un hombre.
¡Ah señor! Costando tanto
la verdad, quien la sostiene
es un loco, un insensato.
Para vivir en el mundo
es preciso ser más cauto;
si no, vámonos á un bosque
á hacer vida de ermitaños.
Ram ¡Muy bien! ¡doctrina admirable
en la boca de un cristiano!
¿Tú autorizas la mentira?
Pues no haria más el diablo.
Amb. Yo no digo que usted mienta;
digo que es muy arriesgado
decir siempre la verdad.
Ram. Vaya; te cansas en vano.
Amb. Pero ¿no ve usted...
Ram. Ambrosio,
yo sé bien lo que me hago.
A nadie voy á buscar
para darle desengaños.
Si quito el velo á los vicios,
tambien la virtud alabo.
Yo he de decir lo que sienta,
sea bueno ó sea malo.
El que no sufra verdades
que se aparte de mi lado.
Amb. (Dejémosle con su tema.)
¿Se podrán ir preparando
los baules?
Ram. ¿Para qué?
Amb. El negocio que nos trajo
á Madrid, ya se zanjó.
El marqués pagó los plazos
de la deuda ya vencidos,
y el resto está asegurado.
Aquí nada nos detiene;

y como usted ama tanto
su tierra, creo que pronto...
RAM. Ambrosio, ya no nos vamos.
AMB. Pues ¿cómo...?
RAM. Estoy muy contento
en Madrid.
AMB. Mucho lo extraño.
RAM. Don Zoilo me trata bien,
que es mucho para un avaro,
y pienso estar en su casa,
ya que en esto le complazco,
hasta pasar Navidades.
AMB. Esa yo no me la trago.
¿Cuánto va á que las muchachas,
y no ese viejo espantajo,
son las que á mi amo obligan
á olvidarse de sus campos?
RAM. Yo...
AMB. No será usté el primer
filósofo enamorado.
RAM. Ya se ve que no. Soy hombre;
mi corazon no es de mármol,
y tal vez...
AMB. ¿Tendrémos boda?
RAM. Eso es para más despacio.
Yo en verdad no soy de aquellos
que ensalzan el celibato
con mengua de la moral
y perjuicio del Estado;
pero es menester primero
mirar muchas cosas...
AMB. Vamos;
¿y cuál de las dos...
RAM. Iguales
me parecen en el garbo
y la belleza. En Teresa
advierto yo sin embargo
cierta gracia natural,
cierta dulzura en el trato
que la hace muy superior
á Casilda. Tiene rasgos
muy recomendables... Pero
¡es tan ligera de cascos,
tan frívola, tan voluble!...
Para ella no hay hombre malo;
de todos gusta. Casilda
toca al extremo contrario.
Todos le parecen frios,
torpes, feos, mentecatos,
despreciables... Mas tal vez
es puramente afectado
el odio con que nos mira.
La una y la otra, es claro,
cuando se presente un novio
abrirán el ojo un palmo;
las dos son más inclinadas
á los hombres que á los cláustros,
y por caminos opuestos
ambas quieren conquistarlos,
esta á fuerza de desdenes,
y aquella á fuerza de halagos.
AMB. Pero ¿á cuál prefiere usted?
RAM. El dudarlo es un agravio.
A Teresita.
AMB. Bien hecho.
¿Quién deja un cordero manso
por una serpiente? Yo,
que no soy ningun peñasco,
tambien así... á lo plebeyo,
de las caricias me pago
aunque con ellas me vendan.
No gusto de marimachos
que me enamoren gruñendo,
porque siempre voy al grano;
y al fin vale mucho más
un beso que un arañazo.
RAM. Hay más. Aunque su inconstancia
suele darme malos ratos,
yo creo que Teresita
entre sus apasionados
hace una particular
distincion de mí, y acaso
llegará á amarme de veras;
que nuestro contínuo trato,
mis finezas, su interés
al fin han de poder algo.
AMB. ¿Y ese embrollon de don Jorge
que hace á la niña arrumacos?
Es un rival...
RAM. No le temo.
En fuerza de ser tan vano
él está muy engreido...

ESCENA II.

D. RAMON, AMBROSIO, D. ZOILO.

ZOI. Tengo que hablar con tu amo,
y quisiera...
AMB. Basta; soy
condescendiente. Me largo.

ESCENA III.

D. RAMON, D. ZOILO.

ZOI. Yo soy padre, amigo mio;
y como tal, mi conato
es natural que se cifre
en procurar dar estado
á Teresita. Usted sabe
cuán espinoso es el cargo
de velar sobre las hijas.—
La mia nunca me ha dado
qué sentir; pero con todo,
si bien lo reflexionamos,
amigo mio, en su edad
un buen marido es más apto
para este empleo que un padre.
Yo, que siempre he sido un Argos
de su conducta, y que leo
de su pecho los arcanos,
no quiero tiranizarla:
porque al fin no se ha prendado,
como les sucede á muchas,
de ningun hombre de bajos
principios, ni de ningun
miserable perdulario.
Usted es noble, juicioso,
amable, rico, bizarro,
sensible, gracioso, justo,
comedido, buen cristiano,
instruido, complaciente,
formal, prudente, sensato...
RAM. ¿Adónde va usté á parar?
Acabemos con mil santos.
Yo no quiero que me adulen.
ZOI. ¡Oh virtud! Oh insigne rasgo
de humildad y de modestia!
Mis elogios son escasos

para un mérito tan grande,
tan sublime; y sin embargo...
RAM. Vaya, no se empeñe usted
en calentarme los cascos
con importunas lisonjas,
ó me encerraré en mi cuarto...
ZOI. Bien; bien.—No se enoje usted.
Digo que habiendo observado
el tierno y mutuo cariño...
RAM. ¡Mutuo cariño! Es muy raro
que lo haya notado usted
antes que yo.
ZOI. ¿A qué es negarlo?
¡Sobre que ya no se trata
de otra cosa en todo el barrio!
Usted arde por Teresa
en un amor el más casto,
el más acendrado y puro...
RAM. ¡Qué tabardillo! Yo no ardo
por nadie, señor don Zoilo.
La quiero, sí; mas no tanto
como usted piensa.
ZOI. ¡Pues ya!
No con aquel entusiasmo
concupiscente y fogoso
que sólo aspira á livianos
y transitorios deleites:
ustud ama como un sábio;
así..., con filosofía...
En fin, para no cansarnos,
como la Iglesia nos manda.
Teresita... (*Don Ramon quiere interrumpirle.*)
Pronto acabo.
Mi Teresita, que tiene
un corazon dulce y blando,
corresponde...
RAM. No, señor;
no me corresponde: es falso.
Yo no tengo para ella,
si hemos de hablar sin empacho,
otra recomendacion
que mi sexo.
ZOI. Pero acaso...
RAM. Sí, señor; ella recibe
con júbilo mis halagos
porque soy hombre. Lo mismo
haria con mi lacayo.
ZOI. Ya; pero...
RAM. Es una aturdida:
la conozco demasiado.
ZOI. Pero ¡don Ramon!...
RAM. No tiene
más seso que un papagayo.
ZOI. Nada de eso. Es alegrilla...,
pero es de virtud un pasmo.
Si sufre que otros la obsequien
sólo es por pasar el rato.
A usted, puedo asegurarlo,
le quiere, le adora...
RAM. ¡Bueno!
Está gracioso este paso.
¿Me enamora usted por ella?
ZOI. A no estar bien penetrado...
RAM. En suma; lo que usted quiere
es quitarse de cuidados,
y casar á la muchacha.
ZOI. Yo de establecerla trato...
RAM. Pues; y sea con quien fuere:
en eso no habrá reparo,
con tal que tenga doblones.
ZOI. (*Con risa forzada.*) Usted se está chanceando.
¡Cuidado que tiene usted
unas ocurrencias!... Vamos;
no he visto hombre más chistoso.
RAM. (Ni yo viejo más bellaco.)
ZOI. Y por último...
RAM. Señor
don Zoilo, yo no me caso
sólo por tener mujer.
No quiero exponerme á un chasco.
Teresita es muy preciosa,
muy amable; me ha gustado;
pero á mí no me conviene
para consorte: soy franco.
Usted no será mi suegro
como Dios no haga un milagro.
ZOI. ¡Eh! Todo se compondrá.
Déjelo usted á mi cargo.
Yo respondo de su enmienda:
ella entrará por el aro
y...

ESCENA IV.

D. RAMON, D. ZOILO, D. JORGE.

JOR. Buenos dias, señores.
ZOI. (Parece que lo hace el diablo.
Este charlatan maldito
ha venido á incomodarnos
á lo mejor.) Don Ramon,
yo me vuelvo á mi despacho.
Hasta despues. Hablarémos
de nuestro asunto despacio.

ESCENA V.

D. RAMON, D. JORGE.

JOR. ¿Qué asunto es ese? ¿Me dice
usted...
RAM. No, señor.
JOR. ¡Canario,
qué secatura! Usted debe
ser menos desconfiado
con sus amigos.
RAM. ¿Usted
es mi amigo? ¿Desde cuándo?
JOR. Nos vemos á todas horas.
RAM. Sí; pero no congeniamos.
JOR. ¿Está usted de mal humor?
¿Por qué ese tono tan ágrio?
RAM. No tengo otro.
JOR. ¡Ah! me olvidaba.
Tengo carta de mi hermano
el que está en Esmirna.—Amigo,
¡grandes noticias! El Cairo
ya está en poder de los chinos.
Estamos amenazados
de una irrupcion, si los moros
atravesando el mar Caspio
no les salen al encuentro;
pero en entrando el verano...
RAM. ¡Qué embustes! ¡Qué desatinos!—
Hombre, ¿está usted delirando?
JOR. Amigo, así me lo escriben.
RAM. ¿Y es usted tan mentecato
que lo cree?
JOR. ¡Oh! Se están viendo
fenómenos muy extraños.—

720992

¿Y esa mujer que ha parido
siete chiquillos de un parto?
RAM. ¡Aprieta!
JOR. Sí, señor, siete;
tres hembras y cuatro machos:
y todos viven.
RAM. ¿Usted
los ha visto?
JOR. Para el caso
es lo mismo, porque vengo
de hablar con el cirujano
que la asistió.
RAM. ¿Si? Pues yo
no lo creo.
JOR. ¡Bien! ¡Estamos
lucidos! Eso es decir
que miento.
RAM. No digo tanto;
pero usted ó el comadron
sin duda lo habrán soñado.
JOR. ¡Qué incredulidad! No he visto
hombre más extraordinario.
RAM. No lo puedo remediar.
JOR. ¡Eh! Dejemos esto á un lado,
y hablemos de otra materia
que interesa más á entrambos
Usted quiere á Teresita:
¿no es esto? Yo tambien la amo.
Fuerza es que uno de los dos
ceda á su rival el campo,
porque así no lograrémos
otra cosa que estorbarnos.
Usted, que es con las mujeres
tan desabrido y huraño,
usted que no tiene traza
de estar muy enamorado,
me cederá desde luego...
RAM. Perdone usted si le atajo.
Usted me conoce poco
cuando con ese descaro
me hace una proposicion
tan extraña.
JOR. Pero al cabo,
usted ¿que esperanzas tiene?
¿No está usted desengañado
de que soy yo el preferido?
RAM. ¿Dónde está ese desengaño?
JOR. Es necesario estar ciego
para no verlo. ¿No valgo
mil veces yo más que usted?
Al fin yo vivo, yo hablo
á la moderna; yo soy
complaciente y cortesano
con las damas. Usted sigue
un sistema muy contrario.
Usted es demasiado ingénuo:
¡por eso está tan medrado!
Yo las conozco mejor;
sé muy bien cuál es su flaco.
El que no sepa adularlas
se quedará siempre en blanco.
RAM. ¿Quiere usted dejarme en paz?
¿Quiere usted no ser tan fátuo?
JOR. El fátuo es usted, compadre.
Teresita no hace caso
de usted. ¿Tendrémos aquí
el perro del hortelano?
Para que usted se confunda
y no sea temerario... (*Llamando.*)
¡Teresita! ¡Teresita!—
Ahora saldrémos del paso.
Ella nos ha de decir
cuál es el privilegiado.
¿Usted se conforma?
RAM. Bueno;
como usted quiera. (¡Qué trasto!)

ESCENA VI.

D. RAMON, D. JORGE, TERESA.

TER. ¿Llamaba usted?
JOR. Teresita,
no ignora usted que los rayos
de esos ojos hace tiempo
que el corazon me abrasaron:
don Ramon tampoco ha sido
insensible al dulce encanto
de tan singular belleza;
que al fin es mortal y flaco
aunque la echa de Caton.
Sabe usted que yo no aguanto
rivales: tampoco quiere
este señor aguantarlos.
Pretender que yo renuncie
á mi derecho, es en vano,
mientras usted no me dé
calabazas: mi contrario
piensa lo mismo que yo;
con que, para que salgamos
de dudas y de contiendas,
á usted toca declararnos
á cuál de los dos prefiere.
TER. ¿Yo?.. A cualquiera.
JOR. No; no paso
por eso. Es indispensable
que se explique usted más claro.
TER. Pues á ninguno.
JOR. Señora
¿piensa usted que nos burlamos?
TER. (Apuradillo es el lance
¿Si querrán armarme un lazo?)
Señores yo no me atrevo...
Quisiera...
RAM. ¿Tanto trabajo
le cuesta á usted decidirse?
JOR. O herrar, ó quitar el banco.
TER. Yo resolveré á su tiempo:
que esto no es muerte de ahogados.
Mañana...
JOR. Ha de ser ahora:
hasta mañana no aguardo.
TER. Pero eso es comprometerme,
don Jorge. Hágase usted cargo
que es preciso desairar
á uno de los dos. Con ambos
me he explicado ya en secreto.
El uno á mi pecho es grato;
el otro sabe muy bien
que admito sus agasajos
sólo por galantería...
El que se halle en este caso
que se dé por despedido;
y estamos del otro lado.
JOR. Que es don Ramon: ¿no es verdad?
Hable usted sin embarazo.
TER. Es usted...
JOR. ¿Cómo?
TER. Muy vivo.

¿Quién le ha dicho á usted...
JOR. (*Aparte á Teresa con aire de confianza.*) Ya callo.
Tiene usted razon. No es cosa
de darle un pistoletazo.
RAM. Ese modo de explicarse,
señora mia, es muy vago.
Sin andar con sutilezas,
diga usted en castellano
á cuál de los dos elige.
TER. Pues sin despegar mis labios,
porque no quiero que sea
el desaire tan amargo,
ustedes van á saber
la suerte que les preparo.
JOR. ¿De qué modo...
TER. Usted verá.—
Don Ramon, venga esa mano.
JOR. ¡Señora!..
TER. Señor don Jorge
deme usted la suya.
(*Se coloca en medio de los dos, tomándoles la mano.*)
JOR. ¿Vamos
á bailar la pastorela?
TER. Antes de saber mi fallo,
¿me dan ustedes palabra
de callar como unos santos
sea cual fuere su suerte?
JOR. Lo prometo.
RAM. Ya me canso
de sufrir. Acabe usted.
TER. Tengan ustedes cuidado.—
Declaro al fin por mi dueño
al que le apriete la mano.
(*Aprieta la mano de los dos, las suelta y hace ademan de retirarse.*)
RAM. Espere usted...
JOR. ¡Ea, amigo,
es preciso resignarnos!
RAM. No se va usted sin oirme.
JOR. (*Al oido á Teresa muy ufano.*)
Oigale usted. ¿Se pierde algo
en dejarle al infeliz
desahogarse... yo me marcho
para no afligirle más.—
Hasta luego. (¡Pobre diablo!)

ESCENA VII.

D. RAMON, TERESA.

RAM. ¿Se le ha figurado á usted
que trata con algun ganso?
Yo soy muy formal, señora,
y en mi vida me han gustado
las pantomimas.
TER. ¿Y á qué
viene ahora ese arrebato?
¿No era la mano de usted
la que apretaba?
RAM. ¿Y acaso
con la mano de don Jorge
no hacia usted otro tanto?
¡Qué monadas! Teresita,
ya ha cumplido usted veinte años:
bien podria tener juicio.
TER. ¡Qué expresiones! ¿Ese pago
da usted á mi amor?
RAM. Señora,
sin que yo lo tome á agravio
puede usted emplearlo en otro.
No lo agradezco.
TER. ¡Inhumano!
RAM. No quiero amores á medias:
mi estómago no es tan ancho.—
Cuente usted un novio menos.
Usted es de mal presagio
para un marido.
TER. ¿Habla usted
de veras?
RAM. De veras hablo.
Mañana me vuelvo á Soria.
TER. ¿Y me deja usted? ¡Ingrato!
RAM. ¡Cómo! ¿Lágrimas tambien?
No me fio de ese llanto.
TER. ¡Cruel! Sólo usted me arranca
las lágrimas que derramo.
RAM. Que las enjugue don Jorge.
TER. ¿Es posible...
RAM. Hasta otro rato.

ESCENA VIII.

TERESA.

¡Caramba, qué mosca lleva!
Aplacarle es necesario,
que al fin es rico y buen mozo
aunque áspero como un cardo.—
El otro no es mal partido,
pero no me gusta tanto.
Yo, que he sabido otras veces
á un tiempo engañar á cuatro,
¡quedaré lucida ahora
si uno de los dos no atrapo!
Ea, á don Jorge despido,
y con don Ramon me caso.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

D. RAMON, TERESA.

RAM. Bien, señora: yo consiento
en suspender mi partida.
Al fin el cariño vence.
Confieso que no debia
fiarme de usted despues
de haber visto su perfidia.
Pero no será imposible
que al fin usted se corrija;
y aunque en pago de mi amor
y mi bondad excesiva
nuevos desengaños vea,
nuevas injurias me aflijan;
al renunciar á un enlace
que venturoso me haria
podré decir á lo menos:
«mi pasion constante y fina
de más tierna, de más fiel
correspondencia era digna.
La ingrata á quien abandono
acaso se hará justicia,
y llorará inútilmente
su inconsecuencia algun dia.»
TER. No.—Júzgueme usted mejor,
don Ramon. Alegre, viva,
inexperta...; aún diré más;
naturalmente aturdida,
la novedad y el antojo
fuéron mis únicas guias

hasta hoy. Habia oido
decir á mis amiguitas,
que para cualquier muchacha,
especialmente si es linda,
es una calamidad,
una especie de ignominia
no tener apasionados
que la adulen y la sirvan.
Me dejé llevar al fin
de su ejemplo como niña.
Empecé pues á aguantar
por pasatiempo y por risa
que suspirasen por mí
cien amantes á porfía.
Pero en medio de mi orgullo
y mis brillantes conquistas,
mi corazon, más sensible
de lo que yo presumia;
este corazon que ahora
tan tiernamente se agita,
vago, desolado y triste
en el pecho me latia.

RAM. ¡Lindo y novelesco exordio!.. ,
pero ¡al grano, señorita!

TER. ¡Ay! Yo deseaba amar,
y mi ardiente fantasía
el objeto de mis votos
me retrataba propicia.
En vano buscaba ansiosa
aquella imágen querida
entre mil adoradores.—
Pareció usted á mi vista
y... Perdone usté: el rubor
no permite que prosiga.
Mi zozobra involuntaria....
mi confusion repentina...
En fin, mi silencio dice
lo que mi lengua no explica.

RAM. Siendo yo el único objeto
á quien amante se inclina
ese tierno corazon,
creo que ha llegado el dia
de dar usted pasaporte
á esa enfadosa cuadrilla
de insípidos mequetrefes
que á todas horas la sitian.

TER. Dias ha que los tolero
sólo porque no se diga
que soy una desatenta;
pero ya estoy decidida
á darles carta de pago:
me basta que usted lo exija.

RAM. Ah! Si usted me es consecuente,
¿quién no envidiará mi dicha?
Yo no tendré otra ambicion,
otro anhelo, otra delicia
que complacer y adorar
á mi bella Teresita;
y cuando en nudo apacible...

ESCENA II.

D. RAMON, TERESA, AMBROSIO.

AMB. Ahí está aquel don Matías
que le enseña á usté el dibujo.

TER. (¡Qué oportuna es su venida!)
Dile que voy al momento.

AMB. (Miren cómo se apropincua
el filósofo á las faldas.)

ESCENA III.

D. RAMON, TERESA.

TER. Hasta luego.

RAM. Adios, mi vida.

TER. (*Yéndose.*)
(Así son todos los hombres:
se enfurecen, juran, gritan;
y al instante los ponemos
tan dulces como el almíbar.)

ESCENA IV.

D. RAMON.

Oh! Yo la creo.— El candor
en su labio hermoso brilla.
Su tierno mirar, el fuego
que inflamaba sus mejillas,
su encantadora franqueza,
su agitacion...— La mentira
jamás conoció un lenguaje
tan seductor.—Juraria
que vi brotar de sus ojos
donde las gracias se anidan
lágrimas abrasadoras. —
Ah! Vamos; por más que digan,
aunque un poco atolondrada
es inocente y sencilla.

ESCENA V.

CASILDA, D. RAMON.

CAS. Buenos dias, don Ramon,

RAM. Muy felices, señorita.

CAS. Tengo que hablar con usted.

RAM. Muy bien.

CAS. Yo vivo tranquila;
sin cuidados, sin deseos,
sin amorosas intrigas.
Conozco bastante el mundo
aunque jóven todavía.
Sé muy bien que sus deleites
mezclados siempre de acíbar
son el orígen fatal
de irreparables desdichas.
Si tuviera la desgracia
de ser menos reflexiva
y participar quisiera,
¡el cielo no lo permita!
de los placeres del siglo,
acaso un papel haria
en él algo más brillante
que muchas que me critican.

RAM. Oh! No lo dudo.

CAS. Yo soy
demasiado compasiva
para ver penar á nadie.
Usted en el pecho abriga
una funesta pasion
que le aflige y martiriza,
y acabará por hacerle
infeliz toda su vida.

RAM. Soy libre; lo es el objeto
que mi voluntad cautiva.
¿Por qué ocultar mi pasion?
Por ventura ¿son indignas
de mi honor y su decoro
las ideas que me animan?

CAS. Hablaría de otra suerte
á no estar tan persuadida
de las buenas intenciones
de usted, y aún esto me obliga...
RAM. Pero, disimule usted
que me atreva á interrumpirla,
¿por qué motivo mi amor
tanta compasion excita?
CAS. Porque esa pasion jamás
se verá correspondida.
RAM. ¿Y quién se lo ha dicho á usted?
CAS. Yo me lo he dicho á mí misma.
¡Está buena la pregunta!
RAM. Pero si usted no se explica
más claro...
CAS. ¡Qué vanidad
tan tonta! Yo le tenia
á usted por hombre de juicio;
pero ya estoy convencida
de lo contrario.
RAM. Señora...
CAS. Todos los hombres deliran
cuando están enamorados.
RAM. Pero ¿qué diablos de enigma
es ese?
CAS. ¿Enigma? ¡Qué gracia!
RAM. ¿Se burla usted? Esa risa
me parece inoportuna.
CAS. Pues bien, ya que usted me insta
á hablar claro, sepa usted
que en vano por mí suspira;
que, aunque no ha tenido aún
la criminal osadía
de declararse conmigo,
es tanto lo que me hostiga
á fuerza de cumplimientos
y adulaciones contínuas,
que ya no me queda duda
de que usted me solicita.
(*Don Ramon va á interrumpirla.*)
Sí, señor; y con tal ánsia
y tantas veces me mira
que parece que me quiere
tragar. Toda la familia
lo está notando. Es preciso,
don Ramon, que usted desista
de su empeño temerario;
ó tomaré otra medida.
RAM. ¿Con que es usted la que adoro?
¡Mire usted qué picardía!
Vamos; yo me enmendaré,
¡ya que es usted tan arisca!...
Pero ó yo he perdido el juicio,
ó usted, como es tan ladina,
conoce mi corazon
mejor que yo. ¿Quién diría...
CAS. No; no vale hacerse el tonto.
Usted hace muchos dias
que está penando por mí.
RAM. Pues, hija, no lo sabia.
Perdone usted: yo le doy
mil gracias por la noticia.
CAS. ¿De quién presumia usted
que hablaba?
RAM. De Teresita.
CAS. ¡Qué disparate! Un estóico
¿enamorar á mi prima?
No lo creo. Es tan veleta,
tan frívola, tan loquilla,
tan insustancial...
RAM. Al fin
me obliga usted, señorita,
á decirle cuatro frescas
dejándome de ironías.
Usted está muy distante
de tener antipatía
á los hombres: lo que usted
tiene es muchísima envidia
y más ánsia de casarse
que de rosarios y misas.
Cuando usted me reconviene
con severidad fingida
de pretensiones que existen
tan sólo en su fantasía,
á verdaderos amores
con astucia me convida;
pero pierde usted el tiempo,
porque á mí no me conquista.
CAS. ¡Insolente! (Se volvió
contra mí la tentativa.
¡Qué bochorno!)
RAM. Yo conozco,
señora, que usted se irrita
con razon: y siento mucho...
CAS. (*Muy desconcertada.*)
No, señor. ¡Qué bobería!
usted... (No sé dónde estoy.)
Usted, como ve perdidas...
sus esperanzas... Tal vez
si estuviera más propicia...
¡Oh que abominables son
los hombres de nuestros dias!
Bien hago en aborrecerlos.
¡Fuego de Dios... (en mi prima!)

ESCENA VI.

D. RAMON.

¡Qué original! — ¡Oh! Bien puede
estudiar otra doctrina,
porque si sigue con esa
se va á quedar para tia.

ESCENA VII.

D. RAMON, D. MATÍAS.

MAT. ¡Adios, señor don Ramon!
RAM. (Otro apunte.)
MAT. Si usted iba
á salir...
RAM. (*Impaciente en toda la escena.*) No.
MAT. Muy bien hecho.
hoy hace un pésimo dia.
A eso de las ocho y cuarto
se levantó una ventisca...
RAM. Ya.
MAT. Guárdese usted del aire.
RAM. Pues.
MAT. Es terrible este clima
de Madrid. En el verano
todo es cólicos y anginas;
en el invierno dolores
de costado, pulmonías...
Cuidarse, amigo, cuidarse;
porque si usted se constipa...
RAM. Bien.
MAT. Pero ¿qué tiene usted?
RAM. Yo...

MAT. Si á usted le mortifica
mi conversacion...
RAM. No tengo
gana de hablar, don Matías.
MAT. ¿Está usted incomodado
conmigo?
RAM. Yo...
MAT. El otro dia
me excedí. Perdone usted.
Ya se ve; las repetidas
alabanzas con que honraron
personas muy eruditas
mi melodrama, me hicieron
presumir que usted seria
del mismo dictámen. Viendo
mi esperanza desmentida,
sentí mucho...
RAM. Amigo mio,
aborrezco la mentira.
La composicion de usted
me pareció una pamplina,
y así se lo dije.
MAT. Yo
me figuré que tendria
mejor éxito. Es verdad
que de las reglas prescritas
me he separado algun tanto,
porque el fondo de la intriga
lo requiere así. Además,
¡son tantos los que me imitan!
RAM. Bastantes.
MAT. Y con razon
¿Pues no es una tiranía
querernos hacer tragar
cinco actos con una misma
decoracion? ¿De qué sirve
entonces el tramoyista?
Y despues, ¡estas comedias
arregladas son tan frias!...
Una leccion de moral
sazonada con la risa;
y nada más. ¡Qué pobreza!
Por lo regular escritas
en estilo familiar;
sin metáforas, sin rima,
sin conceptos, sin sentencias...
Vamos; todas las daria
sin dificultad por otra
Marta la Romarantina.—
En mi melodrama hay lances
sobrenaturales: ruinas,
peste, naufragios, espectros
y otras muchas maravillas.
Está tomada, aunque parte
de la accion es obra mia,
de aquel libro intitulado:
Soledades de la vida
y desengaños del mundo
Para recrear la vista
se ven siempre en movimiento
telones y bambalinas.
Don Arias, que es el *galan*
cuenta al *barba* sus desdichas
en una gran *relacion;*
y describe en redondillas
las pirámides de Egipto,
las costumbres de la China,
la muerte de Julio César
y el terremoto de Lima.
RAM. ¿Acaba usted?
MAT. Allí hay
de todo como en botica.
¿Y la versificacion?
He puesto octavas, quintillas,
ovillejos, madrigales,
décimas, endechas, liras,
acrósticos, serventesios,
sonetos y seguidillas.
¡Como que tengo en la uña
el Rengifo!
RAM. ¡Qué polilla!
MAT. Esto se llama entenderlo.
Y en vano se desgañitan
Moratin y sus sectarios,
porque en desierto predican.
Don Eleuterio Crispin,
yo vengaré tu ignominia.
Ya he levantado el pendon:
no faltará quien me siga.
¡Ea, ingenios de esta córte,
al arma! ¿Qué os intimida?
¡Al arma! No hagais aprecio
de sátiras y rechiflas.
¡Guerra á los reformadores
y á todas sus teorías!
RAM. ¡Hombre...
MAT. Usted formó de mi obra
una opinion tan mezquina...
RAM. Fué muy justa.
MAT. Usted no quiso
ir á verla y aplaudirla...
RAM. No soy yo de los que aplauden
por pasion ó por rutina.
Harto hice en no ir á silbarla,
que muy bien lo merecia.
MAT. Sin necesidad de usted
fué bastante escarnecida.
Ni siquiera la dejaron
concluir. ¡Qué bastardía!
¡Qué crueldad! ¡Qué triste fruto
de tres meses de vigilias!
¡El público es tan rebelde!
¡Oh! Yo haré que se corrija.
Sus desaires no me arredran.
Si una comedia me silba,
le daré tres en castigo.—
Una tengo prevenida
que...
RAM. Con permiso de usted.
Tengo que hacer.
MAT. ¿Tan de prisa?
Oiga usted..
RAM. Estoy cansado
de escuchar majaderías.
(*Don Matías le va siguiendo hasta la puerta de su cuarto.*)
MAT. Pero el título siquiera...
RAM. Déjeme usted. ¡Qué porfia!
MAT. Se intitula... Atienda usted.
RAM. No quiero. Usted me precisa
por necio y por importuno
á hacer una grosería.—
No he visto un moscon igual
en los dias de mi vida.
(*Entra en su cuarto y se cierra por dentro.*)

ESCENA VIII.

D. MATÍAS.

Lo ha de oir aunque le pese.—
(*A la cerradura de la puerta gritando.*)
«La comadre de sí misma
y casada sin marido;
ó el Cain de Filipinas.»

ESCENA IX.

CASILDA, D. MATÍAS.

CAS. ¿Qué es eso? ¿Por qué da usted
esos gritos, don Matías?
¿Está usted loco?
MAT. ¡Ay amable,
hermosísima Casilda!
Loco, y más que loco estoy,
y de la locura mia
sola usted tiene la culpa.
CAS. ¡Cómo!
MAT. ¡Ay! Usted me asesina.
CAS. ¿Yo?
MAT. Sí; con esos ojuelos,
que son dos ardientes piras
en donde mi corazon
se ha reducido á cenizas.
CAS. ¿Se burla usted?
MAT. ¿Yo burlarme,
cuando estoy echando chispas?
¿Yo burlarme? ¡Qué blasfemia!
Venga esa mano divina;
póngala usted en mi pecho
y verá cómo palpita.
CAS. Aparte usted. ¿Habrá mueble?
MAT. ¡Ah ingrata, cruel, esquiva!
¿No basta ya de sofiones?
Duélase usted de mis cuitas.
¿No mereceré siquiera
una mirada benigna?
CAS. ¡Qué pesadez! No, señor.
MAT. Ese nó me descuartiza.
CAS. Pero ¿quién le manda á usted
quererme?
MAT. ¡Ay! Mi suerte impía.
CAS. Domine usted su pasion.
MAT. ¡Ay! Yo soy muy débil, hija.
CAS. El querer sin esperanzas
¿no es una majadería?
MAT. ¡Ay! sí; pero este es mi flaco.
En viendo una cara linda
me enamoro como un bruto.
CAS. Pues oiga usted, don Matías.
Yo no gusto de que nadie
me enamore y me persiga.
Ya sabe usted mi carácter.
Soy terrible antagonista
de los hombres.
MAT. Yo tambien.
No me hacen gracia maldita:
me gustan más las mujeres.
Pero aunque usted abomina
en general á mi sexo,
es regular que distinga
al sábio, al hombre de bien
del bribon, del egoista,
del falso, del seductor...
Escuche usted: yo querria
en dulce y santo himeneo.....
CAS. Yo himeneo? usted delira.
Y, aunque quisiera casarme,
¿me veo tan aburrida
que consienta en dar mi mano
á un poeta de guardilla?
MAT. En efecto; soy un pobre
petate, pero algun dia,
algun dia querrá Dios
que se vuelva la tortilla
y salga de telarañas
una musa perseguida.—
En tanto..... algo me valdrán
mis literarias fatigas;
seguiré con mis lecciones
de dibujo; un asentista
que conozco algunas veces
me llamará á que le escriba
á doce cuartos el pliego.
¡Yo escribo ligero! Unida
á todo esto la pension
que goza usté en loterías,
lo pasarémos tal cual.—
El caso es que la familia
crecerá..... ¿Se rie usted?
CAS. ¿No quiere usted que me ria?
MAT. Pero.....
CAS. Abur. Que usted se alivie.—
¡Vaya una boda lucida!

ESCENA III.

D. MATÍAS.

¿Pensará que hablo de veras?
¡A buena parte se arrima!
¡Mentecata! Tengo yo
más conchas que ella imagina.—
¿Y el otro filosofastro?—
Antes que se acabe el dia,
de mi sátira terrible
ya habrá tenido noticia;
y verá el señor Ingénuo
que una musa vengativa
es capaz de cualquier cosa
cuando el público la silba.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

TERESA, D. RAMON.

TER. ¿Va usted á salir?
RAM. Sí, señora.
TER. Y ¿volverá usted muy tarde?
RAM. Sí: tengo muchas visitas
que hacer.
TER. Siempre que usted sale
de casa me pongo triste.
RAM. ¡Triste! ¿Y por qué?
TER. Usted que sabe
lo que es amar ¿lo pregunta?
Mil temores me combaten
á cual más funesto. Temo,
sobre todo, que usted pague
con ingratitud mi amor.
RAM. Basta. Usted me hace un ultraje
que creo no merecer.
Conociendo mi carácter
debia usted abstenerse

conmigo de ese lenguaje.
TER. Pues ¿acaso extraña usted.....
RAM. ¿No quiere usted que lo extrañe?
¿No es lo más original
del mundo que la inconstante,
la voluble Teresita
de inconsecuente me trate?
TER. ¿Aún duda usted, D. Ramon,
de mi cariño invariable?
RAM. ¡Qué sé yo!... De esa ternura,
de ese cariño tan grande
¿qué pruebas me ha dado usted?
Palabras que lleva el aire?
TER. Pues ¿qué quiere usted?
RAM. ¿Yo? Nada
que no sea muy loable
y muy legítimo. Bien
puede usted tranquilizarse.—
Pero, hablando sin rodeos,
yo quiero que usted me ame
de corazon; no de boca.
Otros habrá que se paguen
de suspiros y promesas;
yo no; que, aunque usted se agravie,
sé que para una mujer
sencilla hay ciento falaces.
Maestras en engañar
desde el vientre de su madre,
en su trato con los hombres
todo es ficcion, todo es arte;
y nos la pegan mejor
cuando más mimos nos hacen,
TER. No esperaba yo que usted
de ese modo me injuriase
despues que le he preferido
entre todos mis amantes.
Todos los hombres son unos.
Muy rendidos, muy afables
al principio; pero luego
que cesan nuestros desaires,
y saben que son queridos,
se ponen inaguantables.
RAM. Señora, esa preferencia
de que hace usted tanto alarde
no la he visto todavía.
Hace muy pocos instantes
que se separó de usted
uno de esos botarates
que la obsequian.
TER. ¿Quién? ¿Carlitos?
No he podido dispensarme
de recibirlo: ni usted
querrá que sea insociable.
Ya le he dicho, sin embargo,
que no pise estos umbrales:
lo mismo haré con mi primo,
con el cadete y con Sanchez.
¿Está usted contento ahora?
RAM. Es muy raro que no alcance
la proscripcion á don Jorge,
que de todos mis rivales
es el único que temo.
TER. Tambien quiero despacharle;
pero lo que es de palabra,.....
yo no me atrevo. Usted sabe
que él solo me ha merecido
entre tantos aspirantes
tal cual consideracion.
¡Oh! Y él no es tan manejable
como los otros muñecos.—
He pensado jubilarle
por escrito. ¿Usted lo aprueba?
RAM. Con tal que usted le desahucie
para siempre.....
TER. Sí, señor.
no volverá á importunarme.
Lea usted lo que le escribo.—(*Le da un billete*).
Mis palabras son formales.
RAM. (*Lee*). «Mi padre me ha elegido un novio con quien me uniré dentro de pocos dias. Mi deber es la obediencia, y el de usted la resignacion. Es preciso que cese usted de visitarme; y será la mayor prueba de estimacion que puede dar á su segura servidora, etc.
TER. ¿Está bien?
RAM. Perfectamente.
TER. Pues si á usted le satisface,
ahora mismo se lo envio.
(*Pone oblea al billete y toca la campanilla*).
RAM. Sería un vil, un infame
si tan singular fineza
para siempre no grabase
en mi corazon.
TER. (*Sale un criado*). Calixto,
lleva esta carta al instante
al señor don Jorge. ¿Entiendes?
No es necesario que aguardes
la respuesta. (*Se va el criado con el billete*).
¿Dirá usted
ahora que soy mudable?
RAM. ¡Ah! no. Me arrepiento.
TER. ¿Puede
exigirse más de nadie?—
¿Y quién me responde ahora
de que usted será constante?
RAM. Dejará el sol de lucir
antes que la bella imágen
de mi adorada Teresa
de mi corazon se aparte.
¿Lo duda usted?
TER. ¿Qué sé yo!...
De ese cariño tan grande
¿qué pruebas me ha dado usted?
Palabras que lleva el aire.
RAM. ¡Teresita!
TER. Basta, basta.
No quiero que usted me llame
desconfiada.
RAM. ¡Alma mia!....
Confieso que he dado márgen.....
TER. (*Con zalamería*). Vaya; hasta despues.
RAM. (*Besa la mano á Teresa con ternura*). Adios.
(Bien decia yo. Es un ángel).

ESCENA II.

TERESA.

Cate usted una muchacha
jóven, bonita, elegante,
acostumbrada á tener
los amantes á millares,
reducida á un solo novio.—
¿Y he podido resignarme
á tan grande sacrificio?
No me espera mal ataque
de parte de mis amigas;
y sobre todo de Cármen,
que es coqueta por principios.
¡Qué haya sido yo tan frágil!

Teresita, ¿con qué cara
saldrás ahora á la calle!
No sé qué va á ser de mí
si no me caso cuanto antes.—
El caso es que don Ramon
no me habla de nuestro enlace;
y urge más de lo que piensa...
¡Oh! Yo haré que se declare
muy pronto; sino, lo dejo.
otro habrá que le reemplace.—
¿Y don Jorge? ¡Pobrecillo!
No merecia un desaire
tan cruel... Pero ¿qué veo?
¡El es!... sí.—Ya no hay escape.

ESCENA III.

TERESA, D. JORGE.

JOR. Falsa, fementida, ingrata,
trai...
TER. ¡Chit!... Calle usted.
JOR. ¿Que calle?
No tengo yo tanta flema.
Estoy echando volcanes,
¿y me impone usted silencio?
No callaré aunque me maten.
TER. Habrá recibido usted...
JOR. Sí; un papel abominable,
alevoso y asesino:—
digno de usted.
TER. ¡Qué lenguaje!
JOR. El que usted merece. ¡Infiel!
TER. Ay, don Jorge! Usted no sabe
cuánto padeció mi alma
al escribirle. Mi padre...
JOR. ¡Dejarme á mí por un ente
tan singular! ¿Hay aguante
para esto?
TER. Oigame usted.
JOR. ¿Es justo que usted se case
con un hombre de otro siglo,
y á mí sin rubor me plante?
¿A mí, que tengo siquiera
ideas más racionales?
¿Está usted desesperada?
TER. Calle usted con dos mil diantres,
que lo echa todo á perder.—
Ese billete no vale
para nada. La violencia
me lo ha dictado. No obstante,
yo siempre seré la misma.
Pretenden sacrificarme,
pero no lo lograrán.
Como usted sea constante,
mi mano no será de otro;
y más que mi padre rabie
y se ahorque don Ramon.
JOR. Pero ¿deberé fiarme....
TER. Yo saldré con una amiga
de confianza esta tarde.
Irémos hácia el Canal.
Cuidado con que usted falte!
Allí hablarémos despacio
y sabrá mis nuevos planes.
JOR. Pero...
TER. En casa es imposible:
nos exponemos á un lance.—
¿Quién le ha abierto á usted?
JOR. Ginés.
TER. Bien: ese está de mi parte
y no nos descubrirá.—
Pero si mi padre entrase...
No me comprometa usted.
Es preciso que se marche.
JOR. ¡Será posible...
TER. (*Mirando desde la puerta del foro hácia adentro.*)
¡Ay Dios mio!
El viene. Me iré...
JOR. Ya es tarde.
TER. Entre usted en ese cuarto.
¡Corriendo!
JOR. ¿Yo he de ocultarme?
TER. Vamos, vamos. No me fio.
Voy á cerrarle con llave.
(*Entra don Jorge en el cuarto de don Ramon, y Teresa cierra con la llave que estará á la parte de afuera.*)

ESCENA IV.

TERESA, D. ZOILO.

ZOI. ¿Qué te ha dicho don Ramon?
TER. Bien puedo felicitarme.
Tendrémos boda.
ZOI. Ya ves
que es un partido...
TER. ¡Brillante!
ZOI. Yo sentiria en extremo
que por tí se nos frustrase.
TER. (*Muy impaciente durante esta escena y la que sigue.*)
No hay cuidado. (Estoy en prensa.)
Padre, mire usted que es tarde.
Váyase usted.
ZOI. No; no hay prisa.
Hasta las doce no sale
don Gerónimo de casa.—
Yo me alegro de que abraces
con gusto tu nuevo estado.
TER. ¡Oh!... Sí.
ZOI. Todos mis afanes
se dirigen á tu bien.
Si yo no lo consultase
más que el mio, no tendria
tanta prisa de casarte.
Conozco que no querrás
ser monja ..
TER. ¡Qué disparate!
ZOI. Tú tienes veinte y dos años;
y sabes ya lo bastante
para madre de familia.
Don Ramon es apreciable
por todos conceptos, rico...
Es necesario que trates
de darle gusto. El se queja
de que eres algo versátil,
y no le falta razon.
Procura pues enmendarte...
TER. Sí, señor; estoy en eso.
ZOI. Ya; pero ese badulaque
de don Jorge...
TER. Baje usted
la voz.
ZOI. No hay por qué la baje.
TER. Sí; que no tienen ninguna
necesidad de enterarse
los criados...
ZOI. Hija mia.

¡Cuidado, no des al traste
con mi esperanza!
TER. Muy bien.
ZOI. Es que si no me complaces...
TER. (Me desespero.)
ZOI. No tienes
que contar más con tu padre.—
Vaya, abur.

ESCENA V.

TERESA, CASILDA.

TER. ¡Gracias á Dios!
Voy á abrirle, y que se largue
con viento fresco.
(*Va á abrir la puerta, y se detiene viendo á Casilda.*)
CAS. Teresa,
escucha; tengo que hablarte.
TER. (Otro estorbo.) Bien: despues
hablarémos.
CAS. Es muy grave
el asunto, y muy urgente;
y ahora que en casa no hay nadie
que nos incomode...
TER. Vamos;
ya te oigo; pero no gastes
mucho tiempo. (¿Hará el demonio
que venga el otro y le atrape?)
CAS. Don Ramon se está burlando
de tí.
TER. ¡Cómo!
CAS. No te pasmes.
Al fin es hombre, y capaz
de perfidias y de fraudes
como todos. No te fies
porque de ingénuo se alabe;
que donde menos se piensa...
TER. Dejémonos de refranes,
y al caso. — ¿Qué pruebas tienes,
Casilda, para juzgarle
tan mal?
CAS. ¿Qué pruebas? Anoche
me contaron en el baile
toda su vida y milagros.
En Soria... Tú te distraes.—
¿Qué tienes?
TER. Nada: prosigue.
(Vamos; si se encuentran, arde
la casa.)
CAS. En Soria ha dejado
una novia; y aún añaden
que es muy fea.
TER. Eso ¿qué importa?
Con tal que yo las desbanque,
más que tenga veinte y cinco.
(Mucho temo que se canse
y haga alguna de las suyas.)
CAS. Bien; lo de la novia pase;
pero aún hay más. Aquí vive
amancebado el infame.
TER. ¿Amancebado? ¡Qué escucho!
CAS. Sí; con la mujer de un sastre.
TER. ¡Será posible...
CAS. Si á mí
no me crees, es muy fácil
convencerte. Mi modista
vendrá aquí el lunes ó martes,
y te informará de todo.
TER. ¡Qué mónstruo tan detestable!
CAS. (¡Ay pobre, cómo te clavas!)
TER. (¡Tonta! Piensas engañarme,
pero ¡cómo te equivocas!
Tus ardides son en balde.
¡La envidiosa!..)
CAS. Te has quedado
hecha un hielo.
TER. No lo extrañes.
¡Estaba yo tan ajena...
¡Cuántas gracias debo darte!
Me pierdo si no es por tí.—
Yo le diré que no me hable
en su vida ni me vea.
CAS. Pero que sea el desaire
seco, sin explicaciones.
Si le dejas disculparse
verás cómo te alucina
y te obliga á hacer las paces.
¡Donde le ves es muy pillo!...
¿Quieres tú que yo me encargue...

ESCENA VI.

TERESA, CASILDA, AMBROSIO, D. JORGE.

TER. (*A Ambrosio que llega y se dirige al cuarto de su amo.*)
¡Ambrosio!... (Perdida soy.)
AMB. ¿Quién ha echado aquí la llave? (*Abre la puerta.*)
TER. Espera, espera... (Ya ha abierto.)
(*Sale de pronto D. Jorge y abraza á Ambrosio.*)
JOR. ¡Teresita mia!
AMB. *¡Vade retro!*—¡El demonio del hombre!..
(*Don Jorge suelta á Ambrosio y se acerca á Teresa.*)
¡Cuerno, y qué furioso sale!
(Pero ¿qué pastel es este?)
JOR. ¿Cómo es que Ambrosio me abre?
CAS. (Esto se llama comer
á dos carrillos.)
TER. (¡Qué lance
de Satanás!)
AMB. (¿Escondites
tambien! !El diablo que cargue
con la niña!—¡Ay amo mio!
Como con ella te cases,
si no es tu signo el de Tauro
que en la frente me lo claven!)
(*Entra en el cuarto de don Ramon.*)

ESCENA VII.

TERESA, CASILDA, D. JORGE.

CAS. (¡Ella dos, y yo ninguno!)
JOR. Ya estaba yo harto de cárcel.
¿En qué consiste?
TER. Don Jorge,
váyase usted que bastante
me ha comprometido ya.
JOR. Como Casilda nos guarde
el secreto...
TER. Pero Ambrosio...
JOR. Basta que yo le amenace
con un centenar de palos
para que de miedo calle.
CAS. (Vamos; estoy divertida.)
TER. Mejor es que yo le gane
con algun regalo.—¡Ay Dios!
Si llega á venir mi padre
y me ve hablar con usted,..

ESCENA VIII.

TERESA, CASILDA, D. JORGE, AMBROSIO.

AMB. (*Sale del cuarto y mirando con malicia á Teresa, desaparece por el foro.*)
(¿Pero ha de ser tan salvaje
mi amo... ¡Oh! Como él me crea,
no haya miedo que le enganches.)

ESCENA IX.

TERESA, CASILDA, D. JORGE.

TER. Voy corriendo á prevenirle
antes que vaya y lo charle
á todo el mundo.—Por Dios,
váyase usted al instante.

ESCENA X.

CASILDA, D. JORGE.

JOR. Teresita... (*Quiere seguirla.*)
CAS. Espere usted.
Tengo mucho que contarle.
JOR. (¿Qué diablos querrá decirme?)
CAS. Don Jorge, como usted no ande
listo se queda sin novia.
JOR. ¿Por qué?
CAS. Porque ese vinagre
de mi tio, aunque en usted
conoce mil cualidades
excelentes, es tan ruin,
tan avaro y miserable
que sólo aprecia el dinero;
á él sólo le erige altares.
Novio sin muchos doblones
para él es un petate;
y al contrario, en siendo rico
tomará por yerno á un cafre.
JOR. Pero yo no soy tan pobre
que deba menospreciarme.
CAS. Amigo, esta es una boda
que por subasta se hace,
y habiendo mejor postor
se quedará usted *in albis*.
JOR. Don Ramon tiene de renta
algunos miles de reales
más que yo; pero ¿es posible
que el vil interés arrastre
á ese viejo codicioso
hasta el extremo execrable
de hacer infeliz á su hija?
CAS. ¿Infeliz? ¡Qué disparate!
Gusta más de don Ramon
por mucho que usted la agrade;
y tambien el interés...
JOR. No pase usted adelante.
Yo conozco á Teresita.
Tal villanía no cabe
en sus ideas; ni yo
sufro que nadie la ultraje.
CAS. (Rebelde está todavía...
pero el caso es que regañe
con don Ramon. Esperemos
ocasion más favorable
para triunfar de mi primo.)
JOR. ¡Calla usted! ¿De dónde nace
ese silencio?
CAS. Sin duda
me he equivocado. Entre amantes
hay secretos que...
JOR. Juró
ser mi esposa á todo trance.
CAS. Lo creo; pero entre tanto
será fácil que la engañen
entre el viejo y don Ramon.
¡Ah! La violencia...
JOR. Usted me abre
los ojos. De cualquier modo
es preciso que le arranque
de su lado. Sí: yo voy...
CAS. ¿Adonde?
JOR. A desafiarle.
CAS. Se expone usted..
JOR. No, señora.
Yo triunfaré en el combate.
Estos filósofos son
por lo comun muy cobardes.
Voy á buscarle por todo
Madrid.
CAS. (¡Ojalá le mate!)
JOR. ¡Oh! Tengo yo otro motivo
para bañarme en su sangre
de más peso todavía.
CAS. ¿Cual?
JOR. Es un intolerante
que echa en cara á todo el mundo
sus faltas chicas y grandes.
Su lengua es como una espada;
no hay respetos que le atajen;
contradice al *Sursum corda;*
no gusta de novedades;
ni sufre murmuraciones;
ni deja mentir á nadie.
CAS. En efecto, es algo raro.
JOR. Es muy bruto para alcalde.
CAS. Tiene usted mucha razon:
es un grosero intratable.
JOR. Nos verémos.—No me quiero
detener. Yo haré que pague
su sinceridad bien cara.
CAS. (Al fin consigo vengarme.)
JOR. De esta hecha no le queda
gana de decir verdades.
(*Casilda se retira por la derecha y don Jorge por el foro.*)

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

D. RAMON, AMBROSIO.

AMB. Señor, dos noticias traigo;
y ambas á dos son muy malas.
RAM. Pero ¿me interesan?
AMB. Mucho.
RAM. Vaya; dilas. ¿A qué aguardas?
AMB. Es necesario marcharnos
de Madrid, y sin tardanza,
porque aquí ya nos conocen
hasta los perros. No se habla
de otra cosa en los cafés
que de nosotros. Nos tratan
de estrambóticos y raros.
Vamos; en una palabra,
somos el hazme reir
de todos.
RAM. Pero ¿qué causa...

AMB. Usted es el don Quijote
de moda y yo el Sancho Panza.
Yo no sé cómo hemos hecho
para adquirir tanta fama.
Ahora mismo en la Puerta
del Sol se ha armado una zambra,
al pasar yo, de mil diablos.
Uno rie á carcajadas;
el otro forma un corrillo;
otro silba; otro me llama
por mi propio nombre; aquel
con el dedo me señala;
otro más desvergonzado
me tira de la casaca.—
«¡Allá va, decian todos
con infernal algazara,
el criado del Ingénuo!»
Yo, como perro con maza,
aprieto el paso. Me siguen;
se me rien en las barbas;
me sitian... Poco faltó
para escupirme en la cara.—
«¿Qué es esto, señores? ¿Tengo
en la frente alguna danza
de monos?» les digo; y roto
á empujones y puñadas
aquel insolente grupo,
huyo, y me refugio en casa.
RAM. ¡Pobre Ambrosio!
AMB. Si al criado
tan bruscamente le atacan,
¿qué harán con el amo? Y todo
por esa maldita maña
que tiene usted de ser justo.
RAM. Tambien es fuerte desgracia
que la mentira en la córte
esté tan entronizada,
que nadie pueda sin riesgo
decir la verdad.
AMB. ¡Caramba!
El caso es que yo sin culpa
pago las extravagancias
de mi amo.
RAM. ¿Extravagante
á un hombre sincero llamas?
AMB. Sí, señor. Usted profesa
unas ideas muy rancias,
que serian permitidas
en tiempo de doña Urraca
RAM. La verdad siempre fué amarga.
AMB. Pero ahora más que nunca.
Por eso en el mundo pasa
por un animal extraño
quien se atreve á practicarla.
RAM. No importa: yo seré ingénuo,
seré veraz, aunque caigan
mil desastres sobre mí.
AMB. Ese heroismo me encanta,
pero no pienso imitarlo.
RAM. Tú tienes un alma baja.
AMB. Yo dejo rodar la bola,
y miro por mis espaldas.
Pero esta filosofía
muy cómoda, aunque bastarda,
si usted sigue con la suya
recelo que no me valga.
Ya la han tomado conmigo:
un dia me descalabran
sin comerlo ni beberlo;
y será una pobre gracia.
RAM. ¿Yo disfrazar la verdad?
No, ¡jamás! Es una infamia.
AMB. ¿Yo llevar palos por nadie?
¡jamás! Es una bobada.
RAM. ¡Oh corrupcion! ¡Oh miseria!
¡Oh degradacion humana!
AMB. (¡Oh locura! ¡Oh necedad,
que merecia una albarda!)
RAM. ¿Y cuál es la otra noticia?
AMB. ¿La otra? Que esta mañana...

ESCENA II.

D. RAMON, AMBROSIO, TERESA.

TER. Don Ramon...
AMB. (¡Maldita seas!
Dejemos la chismográfia
para mejor ocasion.)
RAM. Anda á ver si tengo cartas.
AMB. ¿Yo al correo? No me atrevo
porque temo otra descarga
como la de antes.
RAM. ¡Cobarde!
AMB. Pero si...
RAM. Márchate, y calla.
AMB. Ya voy... Vamos; hoy, si Dios
no lo remedia, me matan.

ESCENA III.

TERESA, D. RAMON.

RAM. ¿Llora usted?
TER. Sí, señor; lloro.
Soy la más desventurada
que nació de madres. ¡Ay!
Bien me lo anunciaba el alma.
RAM. Pero...
TER. Es usted un ingrato;
y yo he sido una insensata
en haber puesto el cariño
en un hombre que me paga
tan indignamente
RAM. ¿Yo?...
TER. Mientras con dulces palabras
y pérfidos juramentos
me afirma usted su constancia,
su amor eterno sin duda
con la intencion depravada
de perderme, tiene en Soria
relaciones, nada santas,
con una...
RAM. ¿Qué dice usted?
¿Sabe usted lo que se habla?
TER. Sí, señor: lo sé muy bien.—
Pero ¡que oprobio! ¡Qué infamia!
¡En comercio criminal
vivir con una casada!
¡Con una mujer perdida!
RAM. ¡Qué escucho! Esa es una trama
inícua contra mi honor.
¿Quién ha dicho esas patrañas?
TER. ¿Quién? Mi prima...
RAM. No lo extraño.
una mujer desairada
y envidiosa, es muy capaz
de cualquiera accion villana.
A usted tambien ha querido
conmigo desconceptuarla.

Yo, que la conozco bien,
y por más que las disfraza
penetro sus intenciones;
yo, que al lucero del alba
si viene á cuento le digo
una fresca en esta sala,
hoy mismo en buen castellano
le he dicho, en su propia cara,
que es envidiosa, intrigante,
hipócrita y solapada.
De aquí nacen los enredos
con que ahora me disfama.—
¿Y usted, Teresita, usted
no ha conocido la maula?
Usted, que saber debia
mejor que nadie sus mañas,
¿se ha dejado sorprender?
¡Qué sea usted tan incauta!

TER. Incauta... Sí; ¡demasiado!

RAM. ¡Qué! ¿Usted no se desengaña
todavía?

TER. Yo... Casilda
es mi prima, y esto basta
para creerla.

RAM. ¡Ay, Teresa!
La envidia nada repara.
Lo mismo procederia
aunque fuese usted su hermana.

TER. Sí; pero, entre tanto, yo
seria una temeraria
en creerle á usted á ciegas
y sólo por su palabra.
Si usted quiere, le es muy fácil
convencerla de falsaria.
cualquier persona de honor
en iguales circunstancias...

RAM. Basta; no diga usted más.
Sé lo que el honor me manda.
Hoy mismo nos casarémos,
si es menester.

TER. (¡Acabáras!)
Esto es lo que yo queria.)

RAM. Yo lo deseo con ánsia;
y cuando mi corazon
á esta union no me inclinara,
créame usted, Teresita,
era capaz de aceptarla
sólo por dar un mal rato
á esa embustera taimada.

TER. Perdone usted, don Ramon.
Sé que mi desconfianza
le ha ofendido; pero es hija
de mi ternura extremada.

RAM. Así lo creo.

TER. La idea
de union tan feliz embriaga
de placer mi corazon.
En él renace la calma
con la halagüeña promesa
que mi amor de oir acaba.

RAM. Usted la verá cumplida
muy pronto.

TER. ¡Dulce esperanza!
cuando mi padre lo sepa...

RAM. Quisiera hablarle. ¿Está en casa?

TER. Sí, señor. ¿Voy á llamarle?

RAM. Bien: hágame usté esa gracia.

TER. Voy corriendo.—(Le atrapé.
De esta hecha no se escapa.)

ESCENA IV.

D. RAMON.

Loca de alegría va.
¡Qué viva es! ¡Qué gallarda!
¡Qué linda! Yo voy á ser
feliz con esta muchacha.—
¡Digo! ¡La tal Casildita!..
Pues ¿no es manía bien rara...

ESCENA V.

D. RAMON, D. ZOILO.

ZOI. ¿Es cierto lo que Teresa
me ha dicho? El gozo me saca
de mi juicio. ¡Qué vejez
tan venturosa me aguarda
con un yerno tan amable!

RAM. Si usted por su parte no halla.
inconveniente, se puede
extender sin más tardanza
el contrato.

ZOI. Por supuesto.
¿A qué andarse por las ramas?
Sí, sí, aprovechar el tiempo.
Todas las horas que tarda
en celebrarse la boda
los novios viven en brasas
Y es muy natural. Lo mismo
les sucede á las muchachas.
Semejantes dilaciones
los sufren de mala gana.

RAM. Bien: usted se encargará...

ZOI. Sí, señor: cerca de casa
vive un escribano amigo
que en menos de un verbo ensarta
una escritura. ¡Qué pluma!
El tragapliegos le llaman —
Por ahí dicen malas lenguas
que tiene las uñas largas;
pero es falso testimonio,
¿Cómo ha de hacer cosa mala
un hombre que se confiesa
dos veces á la semana?

RAM. En efecto.

ZOI. Estoy tan loco
que me olvido de mis canas
sólo al pensar en la boda.
De regocijo me baila
el corazon en el pecho.
¿Y qué será cuando nazca
un nietecito? De verle
se me caerá la baba.

RAM. (Harto de suegro estoy ya;
y aún no me he casado.)

ZOI. Vaya,
yo me retiro, hijo mio:
voy á despachar la mala...
¡Ah! Me olvidaba. Yo siento
que no se encuentre mi arca
como en otro tiempo.—Amigo,
mis agencias no me alcanzan
para las botas que rompo;
la fábrica no adelanta;
las casas son un petardo;
cuesta mucho repararlas
y luego los inquilinos
las destruyen y no pagan.

RAM. ¿Y qué quiere usted decirme
con eso?
ZOI. Que por desgracia.
no me es posible dotar
á la hija de mis entrañas
como yo quisiera
RAM. (¡Avaro
infernal!)
ZOI. Las circunstancias...
RAM. Bueno. Hará usted lo que pueda.
ZOI. Cien ducados podré darla...
RAM. Yo se los regalo á usted
para su entierro. (¡Canalla!)
ZOI. Ella está bien vestida...
RAM. Pues, hombre, sólo faltaba
que me la entregase usted
desnuda.
ZOI. La daré cama,
que es el mueble más preciso,
y toda la ropa blanca
de mi difunta mujer.
RAM. Mil gracias. No quiero nada.
ZOI. Y la sacaré de pila
el primer niño que pára.

ESCENA VI.

D. RAMON, D. ZOILO, AMBROSIO

AMB. Señor...
ZOI. Con que, hasta despues.
(Este yerno es una alhaja.)

ESCENA VII.

D. RAMON, AMBROSIO.

AMB. Ya sé quién tiene la culpa
de todo lo que nos pasa.
RAM. ¿Quién es? Dímelo.
AMB. Ese mueble;
ese tejedor de farsas;
ese poeta de viejo;
ese pedanton de marca;...
Don Matías.
RAM. ¡Don Matías!
AMB. Sí, señor. En chavacanas
insulsas coplas ha escrito
una sátira nefanda
contra usted que anda rodando
por todo Madrid. ¡Qué infamia!
Yo la acabo de leer
y la he rasgado de rabia.
RAM. ¿Qué dice?
AMB. Mil imposturas,
mil pestes, mil bufonadas
tan frias como su vientre,
tan sucias como su facha.
RAM. ¡Miserable!
AMB. Usted sin duda
le habrá dado alguna carda
de las que acostumbra.
RAM. Es cierto.
Con la mayor petulancia
me presentó una comedia
para que se la aprobára,
y yo que no adulo á nadie
le dije que es una plasta.
AMB. ¿No digo?
RAM. Sólo él seria
capaz de tan ruin venganza.
AMB. Como vuelva por aquí
no lo ha de contar por gracia.
RAM. ¡Eh! No te metas con él.
Le desprecio.
AMB. ¡Faramalla!
RAM. Antes me fuiste á decir
no sé qué.
AMB. Ya me olvidaba.—
Pues señor, volvió don Jorge,
cuando usted salió de casa,
á hablar con la señorita.
Yo, que no sabia nada,
al ir á entrar en el cuarto
de usted, vi la llave echada
por fuera, y las dos primitas
aquí como dos urracas
hablando no sé de qué.
Abro, y don Jorge, que estaba
encerrado, como un rayo
sale del cuarto y me abraza
diciéndome con fervor:
«¡Ay Teresita de mi alma!»
Conoce su error, me suelta;
y se quedan como estátuas
los tres.
RAM. No hagas caso de eso.
Las apariencias te engañan.
Don Jorge vino sin duda
sin que nadie le llamára.
AMB. ¿Y el encierro?
RAM. Nada importa.
Sin duda no faltó causa
para encerrarle: estoy léjos
de querer averiguarla.
Teresita le aborrece
tanto como á mí me ama.
AMB. ¿Y el abrazo?
RAM. Eso no prueba
sino la infundada audacia
de don Jorge, que mi bien
toleró con repugnancia.
AMB. ¿Y el darme un doblon la niña
despues para que callara?
RAM. Aunque ella inocente sea,
temerá que yo no le haga
la justicia que merece.
AMB. Pero...
RAM. Calla, que me enfadas.
¿Sabes que va á ser mi esposa,
y muy pronto?
AMB. ¡Ah! Lo ignoraba.
¿De veras se casa usted?
RAM. Sí; ya he dado mi palabra.
AMB. Pues siendo así me arrepiento.
Digo á usted que es una santa.
(Este hombre ha perdido el juicio.)
RAM. ¿No traes ninguna carta?
AMB. Esta sola.—Tome usted.
(*Se la da. Don Ramon la abre y la lee.*)
(Yo no he visto confianza
ni resignacion igual,—
¡Buena píldora se mama!
No le faltarán amigos..
Quizá despues de casada
tendrá juicio..., pero yo
no le arriendo la ganancia.)
RAM. ¡Es mucha suerte la mia!
Este golpe me faltaba.
AMB. Esa carta... Usted se turba...

¿Acaso alguna desgracia,..
RAM. Sí, Ambrosio. Aquel don Mamerto
tratante en cueros y lanas,
de quien salí fiador,
ha quebrado.
AMB. ¿Y la fianza...
RAM. Consiste en veinte mil duros,
que es el valor, segun tasa,
de todos mis bienes libres,
y á satisfacer no alcanzan
á sus muchos acreedores.
Ya me tienen embargadas
las fincas, y muy en breve
las venderán á subasta.
AMB. ¡Pobre amo mio!
RAM. ¡Eh! No llores.
Mi mayorazgo me alcanza
para vivir con decencia.
AMB. Como usted no tiene cara
para negar un favor...
RAM. En efecto. A las instancias
de don Mamerto no pude
resistirme.
AMB. ¡Usted lo paga!
RAM. Mi padre fué amigo suyo.
AMB. Que lo fuera. ¿Qué importaba?
RAM. Esta consideracion
no permitió me negára
abiertamente. Era fuerza.
mentir, ó dar la fianza;
y sacrifiqué mis bienes
en obsequio de mi fama.
AMB. ¡Lindamente! Usted jamás
tendrá camisa.

ESCENA VIII.

D. RAMON, AMBROSIO, D. JORGE.

JOR. Anda; marcha.
Déjanos solos.
AMB. (¡Qué amable
es el hombre! ¡Cómo manda
á los criados ajenos!)

ESCENA IX.

D. RAMON, D. JORGE.

JOR. Ando toda la mañana
buscando á usted como un loco.
RAM. ¿Se puede saber la causa?
JOR. Sí, señor: le busco á usted
para darle de estocadas.
RAM. Mil gracias por la fineza.
JOR. No me venga usted con gracias.
Usted me tiene ofendido,
y quiero que con la espada
me dé una satisfaccion.
RAM. Usted sin razon se agravia.
Teresita me prefiere.
Si porque usted no la agrada...
JOR. ¿No la agrado? Se verá.—
Pero de mi justa saña
otra es la ocasion. Usted
con su flema acostumbrada
me ha dicho mil claridades,
y tiene usted que purgarlas.—
Ea, venga usted conmigo.
RAM. ¡Hombre!
JOR. No hay hombre que valga.
Yo quiero ver si es usted
tan temible con las armas
como con la lengua. ¡Vamos!
RAM. Pero ¿no es una trastada
matarnos por tonterías?
Creo que habla usted de chanza.
JOR. De veras, y muy de veras.
Estoy harto ya hasta el alma
de la ingenuidad de usted.
Si hay otros que se la aguantan,
yo no.—Vaya; ¿á qué esperamos?
Esa ya es mucha cachaza.
RAM. Usted sabe que la ley...
JOR. ¿Qué ley, ni qué morondanga?
Usted quiere huir el bulto;
pero como no se bata,
todo el mundo ha de saber
que es usté un gallina, un mándria.
RAM. Eso no. Nos batirémos,
que mi paciencia no es tanta.
Vamos á donde usted quiera.
JOR. Vamos; y caiga el que caiga.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

CASILDA.

¿Qué habrá sido de don Jorge?
Mucho tarda. ¿Si habrá muerto?
No; eso no, que don Ramon
no estaria en su aposento
tan tranquilo.—Apostaria
á que se ha quedado el duelo
en conversacion. Acaso
queriendo yo indisponerlos...

ESCENA II.

CASILDA, D. JORGE.

JOR. ¿Ha venido don Ramon?
CAS. Sí, señor: hace ya tiempo
que vino.
JOR. ¿Dijo algo?
CAS. Nada.
Sin detenerse un momento
entró en su cuarto.
JOR. Está herido.
CAS. ¡Herido! ¿De veras?.. Pero...
¿de peligro?
JOR. No, señora.
CAS. ¡Ah! Pues siendo así, me alegro.
JOR. Yo no.
CAS. ¿Qué lograba usted
con matarle?
JOR. ¿Yo? Muy léjos
de ser ya enemigo suyo,
como á mí mismo le aprecio
CAS. ¿Qué dice usted?
JOR. Es el hombre
más generoso. Le debo
la vida.
CAS. ¡Cómo!
JOR. Al principio
recibió un golpe ligero
en la mano izquierda. Yo
del triunfo me lisonjeo
al instante; pero él,
ó más feliz ó más diestro,

logró desarmarme. Entonces
«basta, me dijo; no quiero
abusar de esta ventaja.
De caballero me precio.
Sin cólera me he batido:
sin rencor ni orgullo venzo.
Viva usted: yo le perdono.»
Dicho esto volvió sereno
la espalda. Yo me quedé
hecho una estátua de hielo.
Se marchó, y mi confusion
fué tal, que no tuve aliento
ni aun para darle las gracias.
Ahora agradecido vengo
á pedirle mil perdones,
porque no cumplo con menos.

CAS. ¿Y qué piensa usted hacer
con mi prima?

JOR. Se la cedo.

CAS. Sí, renuncie usted á ella.
Es lo mejor.—Mis recelos
se han confirmado. Ya está
resuelto su casamiento
con don Ramon, y lo acepta
de buen grado á lo que veo.

JOR. Que se casen cuando gusten
y les haga buen provecho.
Yo...

CAS. Sí; usted hace muy bien
en mirarla con desprecio.
Al fin es una aturdida,
sin juicio, sin fundamento.

JOR. (*Impaciente.*) En efecto. Yo quisiera
ver á don Ramon.

CAS. Ni creo
que el mérito de mi prima,
aunque aduladores necios
la ensalzan hasta las nubes,
sea tan grande. Su cuerpo
no es cosa mayor: su cara
no está exenta de defectos,
y...

JOR. Sí; pero yo...

CAS. Si usted
pierde una novia, habrá ciento
con más atractivos que ella...

JOR. Por ahora no pretendo
casarme.

CAS. No digo yo
que obre usted tan de ligero.—
Pero si se presentase
una jóven de talento,
juiciosa, amable, sencilla,
virtuosa...

JOR. (Ya te entiendo.)

CAS. De las que no están aún
pervertidas...

JOR. Por ejemplo,
usted.

CAS. ¿Yo? Sabe usted bien
que á los hombres aborrezco.

JOR. ¿Sin excepcion?

CAS. No, señor.
Yo sé que hay algunos buenos.

JOR. Ya se ve; más que mujeres.

CAS. Y don Jorge es uno de ellos.

JOR. (Esta me quiere pescar.
¡Pobre tonta!) Segun eso,
usted no despreciaria
mi mano.

CAS. ¿Yo... Como tengo
tanta aversion á los hombres...

JOR. (Sí; y estás muerta por ellos.)
Ya lo ha dicho usted dos veces.

CAS. Pues crea usted que no miento.

JOR. Prosiga usted.

CAS. Soy opuesta
al matrimonio en extremo;
pero en caso de elegir
un marido...

JOR. (Ea, esto es hecho.
Se declara.)

CAS. (*Como ruborizándose.*) Usted seria
preferido.

JOR. Muy bien: quedo
enterado.—Pues, señora,
yo he aprendido á ser ingénuo
de don Ramon. Si algun dia
tomar estado resuelvo,
me casaré con cualquiera...
menos con usted (*Entra en el cuarto de don Ramon.*)

ESCENA III.

CASILDA.

¡Grosero
¡Impolítico!—¡Qué rabia!—
¿Tan fea soy que no puedo
interesar á ninguno?—
Tal vez consiste en mi genio.
Será preciso adoptar
otro sistema, si quiero
establecerme; y muy pronto,
que ya se me pasa el tiempo.

ESCENA IV.

CASILDA, D. MATÍAS.

MAT. (Todavía don Ramon
no sabrá nada. No hay miedo.
Esta es la última visita.)
¡Vida mia!

CAS. (¡Este estafermo
me faltaba!)

MAT. ¿Está usted triste?

CAS. No le importa á usted saberlo.

MAT. ¡Ingrata! ¿Y usted responde
¡ay triste! con ese ceño
á tan derretido amante?
Vamos; ó usted es de yeso,
Casilda, ó yo soy sin duda
muy ridículo y muy feo.

CAS. ¿No sabe usted que no gusto
de que me digan requiebros?
Dará usted lugar...

MAT. Perdon,
perdon, hermoso embeleso.

CAS. Es preciso ser muy tonto
para...

MAT. Sí, soy un zopenco.
Debia olvidar á usted;
pero ¡ay infeliz! no puedo.
Bien dicen que en esta vida
jamás hay gusto completo.
¡Cómo ha de ser! ¿De qué sirve
que me hayan dado un empleo...

CAS. ¿Un empleo?

MAT. Sí, señora.

Le han hecho gracia mis versos
á un potentado; y acaba
de recompensar mi ingenio
con una administracion.
CAS. ¡Hola! ¿Y es buena?
MAT. Su sueldo
es de ochocientos ducados;
y luego algunos provechos...
CAS. ¡Qué afortunado es usted!
MAT. Mucho más pudiera serlo
si no fuera usted ingrata.
CAS. ¿Ingrata yo? No por cierto.
Aunque tengo en general
tanta antipatía á un sexo
opresor y depravado...,
con todo...
MAT. Acabe usted presto.
CAS. (La proporcion es tal cual:
tonta seré si la pierdo.)
MAT. ¡Vamos!
CAS. (No me gusta mucho;
pero al fin cualquiera es bueno
para marido.)
MAT. Casilda,
por Dios; que me desespero.
CAS. Si usted lo sabe entender
harto dice mi silencio.
MAT. Con que ¿usted se determina...?
CAS. Sí, señor: nos casarémos.
MAT. Pues...

ESCENA V.

CASILDA, D. MATÍAS, AMBROSIO.

AMB. (*Llega por detrás, y agarra del pescuezo á don Matías.*)
Venga usté aquí, compadre.
¿Es usted el ruin coplero
escritor de tres al cuarto
que quita á mi amo el pellejo?
MAT. ¿Estás borracho? ¿Qué dices?
AMB. Todo se sabe.
CAS. ¿Qué es esto?
¿Cómo tienes osadía...
MAT. ¡Ay! ¡Ay! Suéltame.
AMB. No suelto.
MAT. ¡Que me ahoga!
CAS. ¡Ambrosio!
AMB. Así
castigo yo...
MAT. ¡Ay mi pescuezo!
AMB. A un galopin, á un bufon...
MAT. ¡Ay! ¡Ay!
AMB. A un tunante hambriento.
MAT. ¡Ay! ¡Ay!

ESCENA VI.

CASILDA, D. MATIAS, D. AMBROSIO, D. RAMON, D. JORGE.

RAM. (*Trae vendada la mano izquierda.*)
¿Qué haces? Suelta á ese hombre,
ó te rompo á tí los huesos.
AMB. Suelto porque usted lo manda,
pero...
RAM. Márchate.
AMB. (*Se va jurándoselas á D. Matías.*) Obedezco.

ESCENA VII.

CASILDA, D. RAMON, D. JORGE, D. MATIAS.

MAT. ¡Ah, manazas de elefante!
No puedo mover el cuello.
¿Qué motivo he dado yo
para semejante exceso?
RAM. Usted lo sabe muy bien
MAT. Yo...
RAM. Sí, señor; pero un necio,
un mercenario ignorante,
autor de infames libelos
sólo me puede inspirar
compasion y menosprecio.
MAT. Serán calumnias...
RAM. Si usted
quiere tomar mi consejo,
callar será lo mejor
MAT. Pues callaré como un muerto.
(No hay cosa que haga á los hombres
más obedientes que el miedo.)

ESCENA VIII

CASILDA, D. RAMON, D. JORGE, D. MATIAS, D. ZOILO, TERESA.

TER. (¡Don Jorge aquí! ¿Qué dirá
de mí?)
ZOI. Don Ramon... ¿Qué veo?
Qué tiene usté en esa mano?
RAM. Nada. No es cosa de riesgo.
TER. (¡Qué compromiso!)
JOR. Una leve
cortadura que se ha hecho
afilando un a navaja
de afeitar.
ZOI. Mucho lo siento.
RAM. Mil gracias, señor don Zoilo.
¿Vendrá el escribano luego?
ZOI. Despues de comer.—Don Jorge,
ya sabrá usted mi proyecto.
Siento mucho no poder
cumplir con los dos á un tiempo.
JOR. No debe usted sentirlo
si Teresa, como creo,
se casa con don Ramon
gustosa.
TER. Yo, que me precio
de sumisa y obediente...
JOR. ¡Oh! Sí. ¿Quién lo duda?
TER. Acepto
el esposo que me elige
mi padre. (Mucho le temo.)
JOR. Hace usted muy bien; y yo
de su eleccion no me quejo
supuesto que ha recaido
en un jóven tan completo
como el señor don Ramon.
A su honradez, su talento,
y otras bellas cualidades
en que inferior me confieso,
reune la circunstancia
de poseer más dinero
y más haciendas que yo;
circunstancia de gran peso
para un padre.
ZOI. ¿Usted presume
que yo sólo me gobierno

por el sórdido interés?
Nada de eso: yo le aprecio
por su intrínseca virtud.
Aunque fuera un pordiosero
tendria yo á mucha honra
elegirle para yerno.
RAM. Haria yo una traicion
á mis propios sentimientos
si con quien va á ser mi padre
tuviera nada secreto,
despues que le he merecido
tan distinguido concepto.—
Sepa usted señor don Zoilo,
que ha venido muy á menos
mi casa.
ZOI. ¿Habla usted de veras?
RAM. Sí, señor: un contratiempo
imprevisto... Lea usted
esa carta. (*Se la da y don Zoilo la lee.*)
ZOI. Venga.
JOR. (¡Ah viejo
endiablado!)
TER. (¿Cuánto va
á que sin novio me quedo?)
MAT. (*Aparte con Casilda.*) ¡Malo! la boda se aguó.
Observe usted aquel gesto.
CAS. ¡Ojalá se descomponga!
Eso es lo que yo deseo.
ZOI. Tome usted; y muchas gracias
por el aviso.
RAM. Yo siento...
ZOI. Hija mia, ¡está arruinado!
RAM. No. Todavía conservo...
ZOI. ¿Qué ha de conservar usted?
Miseria.
RAM. Oiga usted...
ZOI. No quiero.—
¡Ibas á hacer buena boda!
Vaya; algun ángel del cielo
nos ha querido salvar.—
Nunca ha sido usted ingénuo,
tan á tiempo como ahora.
RAM. Pero, don Zoilo...
JOR. ¿Y aquello?
de la intrínseca virtud?
ZOI. ¿Qué virtud ni qué mochuelo?
En este pícaro mundo
no hay más virtud que el dinero.
RAM. No extraño esa inconsecuencia
en un mísero avariento.—
Pero si usted es constante,
Teresita...
TER. Yo no puedo
de ningun modo oponerme
de mi padre á los preceptos.—
Y, si he de hablar sin rebozo,
me alegro de este suceso;
pues así con libertad
puedo expresar mis afectos—
Yo nunca he querido á usted.
RAM. ¿Ahora salimos con eso?
CAS (*Aparte á D. Matías.*) A don Jorge va á atacar.
RAM. ¿Y aquellos suspiros tiernos?
¿Y aquellas finezas...
TER. Todo
era fingido y violento
por no disgustar á padre.
RAM. ¡Que haya sido yo tan necio!—
Pero más malo sería
no reconocer mi yerro
hasta despues de casado.
Al fin tengo este consuelo;
y una vez que yo me salve,
aunque sea á tanto precio,
del terrible precipicio
á donde corria ciego,
doy por muy bien empleados
todos los bienes que pierdo.
TER. Yo amo; sí, pero es otro
de mi ternura el objeto.—
¿No es verdad; señor don Jorge?
JOR. Verdad será.
TER. ¡Qué tormentos,
qué angustias he padecido
desde el instante funesto
en que me vi destinada
á los brazos de otro dueño!
Al fin soy libre, don Jorge,
y hoy mismo nos casarémos,
si mi padre lo consiente.
ZOI. Sí, hija mia; lo consiento,
y ¡ojalá hubiera accedido
desde luego á tus deseos!
Pero... ya se ve... los hombres
se alucinan... —Yo confieso...
y á veces las apariencias...
Vaya; he sido un majadero.—
Con que ¿se arregla la boda?
JOR. Seria un placer inmenso
para mí; pero ..
MAR. (*Aparte con Casilda.*) Se queda
sin los dos.
CAS. Así lo espero.
JOR. Mi patrimonio no es grande.
Yo quisiera ser un Creso,
y nada repararia...
TER. ¿Qué importa? Eso es lo de menos.
ZOI. Usted puede mantenerla
con decencia...
JOR. Con todo eso,
será preciso que usted
haga tambien un esfuerzo.
ZOI. ¿Yo?
JOR. Don Zoilo, hablemos claros:
á casarme no me atrevo
si no da usted á su hija
siquiera quince mil pesos.
ZOI. ¡Quince mil pesos! ¡Dios mio!
¿Hay conciencia para esto?
TER. (Se está burlando de mí.)
MAT. (Si no me rio reviento.)
ZOI. ¡Quince mil pesos! Se puede
comprar con ellos un reino.
RAM. (¡Dónde me iba yo á meter!)
JOR. (Ahora es cuando yo me vengo.)
ZOI. ¡Quince mil pesos!
TER. (¡Qué afrenta!)
ZOI. ¡Santo Dios! ¡Quince mil pesos!
JOR. Pues, amigo...
ZOI. Vaya; á un lado
las chanzas.
JOR. No me chanceo.
ZOI. Pero ¿para qué más dote
que la hermosura...
JOR. (Estás fresco.)
ZOI. Y la sólida virtud...
JOR. ¿Qué virtud ni qué mochuelo?
En este pícaro mundo

no hay más virtud que el dinero.
MAT. (¡Chúpate esa!)
JOR. Concluyamos.
Aunque el mérito supremo
de su amable hija de usted
la hace digna de un imperio,
para casarme con ella
otro inconveniente tengo
más poderoso.
ZOI. ¿Y cuál es?
Acabe usted.
JOR. Que no quiero.
ZOI. Eso es otra cosa.
CAS. Prima.
siento infinito el desprecio
que hacen de tí.—Yo, que busco
el mérito verdadero,
y no las grandes riquezas,
á don Matías me atengo.
Con él resuelvo casarme...
MAT. Conmigo no: con mi empleo.
¿No es verdad?
CAS. ¿Qué dice usted?
MAT. Que me hallo muy bien soltero.
CAS. Pero usted ¿no ha prometido...
MAT. Sí; pero ya me arrepiento.
CAS. ¿Habrá infame... (Estoy volada.)
MAT. ¡Ay hija mia! Es muy sério
esto de casarse. Sólo
de pensarlo me estremezco.
CAS. Bien digo yo que los hombres...
MAT. Sí: son todos unos perros.—
Usted lo que debe hacer
es meterse en un convento.
CAS. Quítese usted de mi vista.
MAT. Ya me voy; pero primero
á usted y á su prima hermosa
quisiera dar un consejo.
ZOI. ¿Se va usted, ó...
MAT. Dos palabras
no más: no seré molesto.
Sea usted más amorosa: (*A Casilda.*)
y usted un poquito menos. (*A Teresa.*)
No nos saque usted los ojos. (*A Casilda.*)
No se meta usted por ellos. (*A Teresa.*)

ESCENA IX.

TERESA, CASILDA, D. RAMON, D. JORGE.

TER. ¡Atrevido! ¡Descortés!...
CAS. (No sé cómo no me cuelgo
de rabia.)
ZOI. Pues, señor, ¡bravo!
¡Muy bien! ¡Os habeis cubierto
de gloria!
TER. Pero, señor...
ZOI. ¡Eh! Marchaos allá dentro.—
Ya está visto que vosotras
no hareis cosa de provecho.
CAS. (*A parte con Teresa, yéndose las dos.*)
¡Hemos quedado lucidas!
TER. Poco importa. Otros al puesto.

ESCENA X.

D. RAMON, D. JORGE, D. ZOILO.

ZOI. (Dios me castiga sin duda
por los deseos que tengo
de salir de ellas. ¡Malditas
hembras! De todas reniego.)
Se concluyó el hospedaje,
señor mio.
RAM. Yo me alegro.
ZOI. Y usted tambien puede ya
tomar las de Villadiego.
Vaya usted á pedir dotes
á los profundos infiernos.

ESCENA ULTIMA.

D. RAMON, D. JORGE.

JOR. Hoy comerá usted conmigo.
RAM. Muy bien: admito el obsequio.
JOR. Sí: nos reirémos juntos
de las novias y del suegro.—
¿Piensa usted marcharse á Soria?
RAM. Sí, señor; y será presto.
JOR. Hace usted bien, que la córte
no se hizo para su genio.
RAM. Con todo, será preciso
reformarlo; y lo prometo.
JOR. ¡Cómo! ¿Qué me dice usted?
RAM. Sí; ya basta de escarmientos.
Yo no mentiré jamás,
porque ni puedo ni debo;
pero desde hoy viviré
con el mundo. Ya no quiero
decir verdades á costa
de mi hacienda y mi pellejo.
JOR. ¡Oh! La verdad es muy bella,
muy santa. Yo la venero.—
Pero, amigo, muchas veces
no conviene ser ingénuos.

FIN DE LA COMEDIA.

ADVERTENCIA. Esta, y otras traducciones más ó menos libres, debidas á la pluma de *D. Manuel Breton de los Herreros*, son las únicas que de las mismas obras se han representado en los teatros de Madrid, y han sido revisadas y corregidas por el traductor antes de procederse á su impresion en esta *Biblioteca dramática*, á fin de purgarlas de los errores que contenian las copias.

Madrid, 1862.—Imp. de M. Galiano, Ministerios, 3.

no hay más virtud que el dinero.

MAT. (Dirigiéndose á Juan.) Concluyamos.
Amigo el medio supremo
de un amable lujo de estar
la base digna de un imperio,
para casarme con ella
otro inconveniente tengo
más grave.

ZOR. ¿Cuál es?

BAL. Decid cual.

JUA. Que no quiero.

ZOR. Eso es otra cosa.

CAS. Pilar.

PILAR. Soy la víctima desgraciada
que pueda ser. —Yo, que he sido
el móvil verdadero,
y vuelas después ingratas,
y con Mirlas me atrevo
á ser el resuelto casarme.

MAT. Compadezca mis cuitas un poquito.
¿No es cosa cierta?

MAT. ¿Qué dice usted?

CAS. Pero usted ¿no la quería?

MAT. Sí, pero ya no es el objeto.

CAS. ¡Es el mismo... (Para sí, á Pilar.)

MAT. Ay Pilar, ¿la he de decir
cuán es constante. Sí, yo
he pensado en su cariño.

CAS. Bien dije yo que los hombres...

MAT. Sí, son de hierro duro.
Usted lo que cree bueno
es motivo en un convento.

CAS. Quiero salir de esta vida.

MAT. Ya voy; pero primero
á mi lado y á su prima besenos
quiera dar un beso.

ZOR. ¿Se va usted, Ó...

MAT. Los palabras
no sirve; me sirve mi alma.
Sea usted cosa nuevo: (A Cándida.)
y usted un pequito menos. (A Zorzo.)
No, mas sangre usted los ojos. (A Cándida.)
No se quiere usted por ella. (A Zorzo.)

ESCLAVAX.

Tocan, Cándida, Balsamon, D. Jorge.

TER. ¡Alrevido! ¡Pecorina!

CAN. (No es cosa no me engaño
de nada.)

ZOR. Pues, señor, ¡bravo!

¡Muy bien! ¡Os habeis cubierto
de gloria!

TER. Pero, señor...

ZOR. ¡Eh! Hacedme allí derecho.
Ya casi veis que vosotros
no hacéis cosa de provecho.

CAN. (A parte con Jorge, mirando los ojos.)
¡Hemos quedado mosqueados!

TER. Decidme por qué. Otro al mucho.

ESCENA X.

D. Mamés, D. Jorge, D. Zorzo.

ZOR. (Pues no veniste sin duda
por los dineros. Por buena
he sido de ellos. (Mirándose
burlarse.) Me tomas tontuelo.)
Se conclusión á la boda
señor mío.

BAM. Yo sé que...

ZOR. Y usted también, ¿qué es?
Tomar la de Villadiego.
Vaya usted á Jerez.
Que pueda usted...

SCENA XI.

D. Mamés, D. Jorge, D. Zorzo.

JOR. Hay quien (...)

BAM. Sino dinero es el objeto.

JOR. Sí; mas ¿dónde está?
De las cuentas y del contrato.
¿Y con a tierra cantidad...

ZOR. Mucho dinero, ¡ay!

JOR. Mucho dinero es el objeto.

BAM. Con todo, pida usted
voluntario; y lo pueda
JOR. ¡Gracias! ¡Que tan dicho usted!
BAM. Sí; y vuelvo de ese modo
Yo no monta usted
porque mi pueda al Dedo;
pero desde hoy vivirá
con el mundo. Ya no dejaré
de ser verdadero.
Que ya he hecho y no...
JOR. ¡Oh! Es usted cuanto bello,
muy estilo. Ya la quiero —
TER. Sobre, pues, pues, vamos
no contrae su ingenio.

FIN DE LA COMEDIA.

ADVERTENCIA. Esta y otras traducciones más ó menos libres, ejecutadas en la época de D. Manuel Gaviano de los Ríos, son las dadas que de las mismas obras se han representado en los teatros de Madrid, y han sido aceptadas y consagradas por el tiempo antes de proceder á su impresión en esta Biblioteca dramática, á la cual pertenecen de la misma, que contiene las cuatro.

Madrid, 1863. — Imp. de M. Galiano, Ministerios, 7.